La canción de la vida

Por Karla Karina Quintero Martínez

Se dice que la vida, a veces, te da la espalda; sin embargo, también a veces, te sonríe; en ocasiones puede ser justa y en otras, parecería que la justicia es tan sólo una utopía. Hay momentos en que te devasta, pero también te puede sorprender, irrumpir ante ti como una magia que se te pega hasta los huesos, y de ahí no sale nunca más. A veces, parece que la vida se acaba, pero de repente, te da una segunda oportunidad.

Margarita era una enfermera con algunos años de experiencia en un hospital de las concurridas calles de México, cuando pudo palpar esta segunda oportunidad. El compromiso y la enorme vocación que demostraba, eran características que la distinguieron siempre del resto. Sus colegas decían que eso pasaba al inicio, que después "la gente se iba apagando" a raíz del cansancio y del hastío de soportar un sistema de salud precario e inhumano.

Sea como sea, ella siempre se mostraba amable con los pacientes y por ello, se había ganado la simpatía de éstos y los celos de algunas de sus compañeras. La dulzura de su silencio era evidente mientras daba cuidados paliativos a Don Luis, quien siempre estaba acompañado por alguna de sus hijas; estuvo ahí, mientas Paulina lloraba la pérdida de su hijo recién nacido, por una complicación en el parto, a pesar de haber sido producto de una violación; recordaba perfectamente la tarde en que recibió a Juan, un joven que fallecería horas después, a causa del accidente automovilístico que le provocó un conductor ebrio.

La mayoría del personal médico y de enfermería eran la antítesis de Margarita, actuaban como robots sin sentimientos; si los tenían, no lo parecía. Pensaban que muchos de los males de la sociedad, ocurrían precisamente por creer en cursilerías, por confiar en la bondad, cuando en realidad lo que gobierna en este país es "la ley de Herodes".

Tenían la certeza de que el amor no cabía en esas habitaciones; de que "las cosas pasaban" y punto, no había mucho que hacer. La crueldad y desesperanza se habían apoderado de esos pasillos donde la muerte acechaba todos los días. Creían que las muestras de cariño eran sinónimo de debilidad y una oportunidad para que otros abusaran.

Cuando llegó el coronavirus a México, la desesperación y la impotencia creció. El miedo abrió sus fauces para devorar la paz de muchos, pero, por otro lado, permitió que germinara una semilla de fe en los buenos actos.

La cantidad de pacientes con síntomas de Covid-19 que ingresaron al nosocomio, comenzó a aumentar; y las vidas, empezaron a perderse.

Algunos doctores y enfermeras simplemente huyeron. Pero hubo otros médicos y enfermeras que, como nunca en la vida, demostraron tener un verdadero llamado a su profesión. Corrían de un pasillo a otro, de una cama a otra, para brindar la atención que se requería.

A esta clínica, ingresó Doña Valentina, una mujer viuda y solitaria de 63 años de edad. Su único familiar era Javier, su nieto. Fue tratada por el personal médico como correspondía, a pesar del desabasto de fármacos y otros insumos hospitalarios esenciales. Un día, le llegó el turno de que le retiraran el tubo de asistencia respiratoria mecánica; luego de que los médicos tuvieran éxito en dicho procedimiento, ella durmió.

Cuando Doña Vale despertó, parecía ida. Miraba a la nada. El médico le hizo preguntas, pero ella no respondía. Él pensó que la infección por coronavirus le había provocado una lesión cerebral, pero Margarita dudaba, porque ella aún poseía reflejos y eso no era propio de una lesión de este tipo.

Pasaron un par de semanas y Doña Valentina no presentó mejora, seguía como ausente. El equipo médico la tenía bajo observación, con sus respectivas pruebas para lograr que volviera en sí, pero no lograban hacerla reaccionar.

Durante ese tiempo, Margarita revisaba sus reflejos y aún presentaban buenos signos. Un día, esta persistente enfermera decidió llamar a Javier, quería comunicarle el estado de su abuela. Cuando tomó el teléfono, la alarma del respirador comenzó a pitar, así que ella tuvo que colgar inmediatamente para constatar qué estaba sucediendo.

Mientras veía la pantalla, Valentina seguía inmóvil, con la espalda un poco descubierta, fue entonces cuando Margarita se percató del significado de un tatuaje, lo había visto anteriormente en las tantas revisiones que le hicieron a la convaleciente, sin embargo, no le había puesto la suficiente atención. Eran los versos de una canción que reconoció al instante, su madre la fastidiaba con ese rock de los ochentas que escuchaba durante su juventud; sin apenas reparar en esto, y siguiendo una extraña corazonada, buscó la melodía en su celular y le dio *play*.

Desde el primer momento en que comenzó a oír los acordes, la anciana dio muestras de estar regresando a su realidad. Como si despertara de un hechizo, poco a poco, comenzó a conectar y percatarse de las preguntas que le hacía su enfermera:

- ¡Valentina! ¡Señora Valentina! ¿Puede escucharme? ¿Sabe dónde se encuentra?

Pero la mujer sólo se limitaba a disentir con la cabeza.

- ¿Siente dolor, Valentina?

Esta vez la paciente asintió, pero sin pronunciar una palabra.

- ¿Le gusta mucho esta canción, Valentina?

Fue entonces cuando de sus ojos, las lágrimas se asomaron y rodaron por sus mejillas, como si el recuerdo de esa canción provocara que su alma regresara a su cuerpo. Era el ticket de vuelta a su realidad, a su centro… a la vida misma.

El llanto de esa mujer continuó hasta el final de la canción y provocó las lágrimas, no tan sólo de Margarita, sino también del equipo médico que la observaba. Valentina había renacido a través de la música, mediante los versos que llevaba grabados no solamente en su cuerpo, sino también en su alma y corazón. Javier contaría después, que Valentina se había tatuado aquellas líneas en su juventud, en honor al amor que le profesaba a su esposo Jacinto.

En medio de la desesperación e impotencia que se vivía en ese hospital y en el mundo entero, a causa de esta enfermedad, de las injusticias de la vida y de las acciones irresponsables e inhumanas, Margarita y los doctores fueron testigos de lo que muchos llamarían un milagro. Les bastó escuchar esta melodía y observar la reacción de Valentina, para darse cuenta del gran poder que el amor tiene para sanar; el amor verdadero que el alma atesora, a pesar de los años y a pesar de las cicatrices que se puedan tener.

Aunque nada en esta horrible pandemia es seguro; aunque el escenario de éste y muchos otros hospitales es tenebroso; aunque el miedo también invade a los especialistas de la salud; el amor fraternal y la vocación de Margarita, se convirtieron en un ejemplo a emular y eran la evidencia de que la vida, te pone en el lugar y el momento adecuado para que, tarde o temprano, obsequies tus dones al mundo.

Las vidas de Margarita y Valentina se unieron en el instante perfecto, para concederse lo que jamás debe morir en el ser humano: el amor y la esperanza, pues cuando aún existe amor, el espíritu no muere; y no importan la edad ni los daños sufridos, siempre hallará una forma de regresarte a la vida.

La canción que Valentina escuchó fue "Pero a tu lado" del grupo español Los secretos y comienza así:

He muerto y he resucitado
Con mis cenizas un árbol he plantado
Su fruto ha dado y desde hoy algo ha empezado.